

- 26 Alonso Quijada, corrió 12, rompió 3.  
 27 Bueso de Solís, corrió 11, rompió 3.  
 28 Juan de Castellanos, corrió 5, rompió 3.  
 29 Gutierre Quijada, corrió 4, rompió 3.  
 30 Rodrigo de Quijada, corrió 2, rompió 2.  
 31 García Osorio, corrió 8, rompió 3.  
 32 Diego Zapata, corrió 20, rompió 3.  
 33 Alfonso de Cavedo, corrió 19, rompió 3.  
 34 Arnoa de Novalles, Aragonés, corrió 20, rompió 3.  
 35 Ordoño de Valencia, corrió 10.  
 36 Rodrigo de Xuara, corrió 17, rompió 2.  
 37 Juan de Merlo, corrió 3, rompió 2.  
 38 Alfonso Deza, corrió 13, rompió 6.  
 39 Galaor Mosquera, corrió 4, rompió 3.  
 40 Pero Vazquez de Castilblanco, corrió 22, rompió 3.  
 41 Lope de la Torre, corrió 6, rompió 4.  
 42 Martín de Almeyda, corrió 14, rompió 3.  
 43 Gonzalo de Leon, corrió 18, rompió 2.  
 44 Juan de Soto, corrió 14, rompió 3.  
 45 Juan Vazquez de Olivera, corrió 19, rompió 3.  
 46 Pedro de Linares, corrió 16, rompió 1.  
 47 Anton Deza, corrió 5, rompió 3.  
 48 Juan de Carvallo, corrió 20, rompió 2.  
 49 Pedro Carnero, corrió 8, rompió 3.  
 50 Pedro de Torrecilla, corrió 4.  
 51 Diego de San Roman, corrió 9, rompió 2.  
 52 Pedro de Negrete, corrió 5, rompió 3.  
 53 Alvaro Cuvel, corrió 5, rompió 3.  
 54 Pedro de Silva, corrió 12, rompió 3.  
 55 Juan de Quintanilla, corrió 4, rompió 3.  
 56 Gonzalo de Barros, corrió 4, rompió 2.  
 57 Martín de Guzman, corrió 15, rompió 3.  
 58 Mosen Rimbao de Cervera, Catalan, corrió 1, rompió 1.  
 59 Mosen Franci de Valle, Catalan, corrió 1, rompió 1.  
 60 Esberte de Claramonte, Aragonés, desdichado, corrió 9, rompió 1.  
 61 Micer Luis de Aversa, Italiano, corrió 5, rompió 1.  
 62 Pero Gil de Abreo, Portugués, corrió 4, rompió 1.  
 63 Arnao Bojué, Breton, corrió 2, rompió 2.  
 64 Sancho de Ferrera, corrió 2, rompió 2.  
 65 Lope de Ferrera, corrió 6, rompió 1.  
 66 Mosen Francés Perobaste, corrió 12.  
 67 Don Juan de Portugal, corrió 2, rompió 1.  
 68 Fernando de Carrion, corrió 15, rompió 3.

Solos estos é por esta órden conquistaron al Honroso Passo, combatiendo peligrosamente con los diez mantenedores. E llegan las carreras que corrieron á setecientas é veinte é siete: mas las lanzas que se rompieron non son mas de ciento é sesenta é seis. De manera, que faltaron para las trecientas, que se avian de romper, si oviera tiempo é conquistadores, ciento é treinta é quatro.

## LIBRO CUARTO

## LOS REYES CATÓLICOS

## CAPÍTULO PRIMERO

## Proclamacion de Isabel.—Guerra de sucesion

DE 1474 Á 1480

Es proclamada Isabel en Segovia.—Mancomunidad de los dos esposos en el gobierno del reino.—Partido en favor de la Beltraneja.—Apóyala el rey de Portugal.—Invasion de un ejército portugués en Castilla.—Estado del reino: actividad de Fernando é Isabel.—Desastre de los castellanos.—Destina Isabel á las atenciones de la guerra la mitad de la plata de los templos.—Reorganizacion del ejército.—Recóbrase Zamora.—Batalla y triunfo de don Fernando en Toro; derrota de los portugueses.—Los franceses en Fuenterrabía.—Tumulto en Segovia: prudencia y magnanimidad de Isabel.—Retirada del rey de Portugal: evacuan los portugueses á Castilla.—Entrada de Isabel en Toro.—Reduccion de poblaciones y castillos rebeldes.—El rey de Portugal en Francia: insidiosa conducta de Luis XI.—Vuelve Alfonso de Portugal á su reino.—Intenta hacer nueva guerra á Castilla.—Isabel y Fernando en Andalucía y Extremadura.—Tratado de paz con el rey de Francia.—Paz entre Castilla y Portugal.—Doña Juana la Beltraneja toma el hábito religioso.—Muerte del rey don Alfonso de Portugal.—Hereda don Fernando el trono de Aragon.—Union de las coronas de Aragon y Castilla en Fernando é Isabel.

Para llegar al punto en que nos encontramos, hemos tenido que hacer largas y fatigosas jornadas. Hemos atravesado áridos desiertos; hemos cruzado enmarañados bosques; hemos recorrido las diferentes sendas de un laberinto, que todas conducian y ninguna llevaba derechamente á la salida, teniendo que avanzar y retroceder muchas veces para recorrerlas todas sin abandonar ninguna. Largo viaje nos queda aun que hacer, y remoto será todavía su término; pero ya no embarazan el camino tantas enrucijadas y senderos; la marcha será lenta, pero mas reposada y majestuosa. Hay que hacer muchas excursiones, pero se sabe el camino á que se ha de volver para continuar la marcha.

La unidad política, ese inapreciable don que va á traer á España el dichoso enlace de Fernando de Aragon y de Isabel de Castilla, trasciende á la unidad histórica. Cesará la confusion política, hija del fraccionamiento de los pueblos, y cesará tambien en gran parte la confusion histórica, hija de la subdivi-

sion. Lectores é historiadores teniamos ya buena necesidad de descansar de la agitacion y molestia que produce la atencion siempre dividida y en muchas partes casi simultáneamente empleada.

No diremos nosotros, como muchos extranjeros y algunos escritores nacionales, que la historia de España comienza en rigor con los Reyes Católicos. Si tal pensáramos, nos hubiéramos ahorrado tantos años y tantas vigiliass, consumidos aquellos y empleadas estas en investigar cuanto hemos podido acerca de la vida política y social de nuestra patria anterior á la época en que ya nos encontramos. No es posible comprender el nuevo período de la vida de un pueblo sin conocer el que le precedió, porque de él nace, y él es el que le ha engendrado. Por eso dijimos en nuestro Discurso preliminar que adoptáramos la sabia máxima de Leibnitz: «Lo presente, producto de lo pasado, engendra á su vez lo futuro;» y que creíamos en el enlace y sucesion hereditaria de las edades y de las formas que engendran los acontecimientos, todos coherentes, ninguno aislado, aun en las ocasiones que parece ocultarse su conexion.

Ya hemos visto el estado miserable y triste en que quedaba la monarquía castellana á la muerte de Enrique IV el Impotente (21 de diciembre, 1474). Hallábase á la sazón en Segovia la princesa Isabel su hermana, reconocida como heredera del trono en los Toros de Guisando. Al dia siguiente, habiendo Isabel manifestado deseo de ser proclamada reina de Castilla en aquella ciudad, una solemne procesion, en que iban la grandeza, el clero y el concejo, todos de gran gala, se vió llegar al alcázar, y tomando allí á la ilustre princesa, se encaminó la comitiva con toda ceremonia á la plaza Mayor. Isabel, vestida de reina, montaba un hermoso palafren, cuyas riendas llevaban dos oficiales de la ciudad, precediéndola el alferez mayor, tambien á caballo con la espada desnuda. Fernando se habia quitado el luto que llevaba por don Enrique, y vestía un magnífico manto de hilo de oro forrado en ricas pieles de marta (1).

(1) El historiador de Segovia, Colmenares, al describir esta fiesta hace el siguiente retrato del príncipe Fernando: «Mozo de veintidos años, nueve meses y veintitres dias, de mediana y bien compuesta estatura, rostro grave, blanco y hermoso, el cabello castaño, la frente ancha con

Llegado que hubieron á la plaza, subió Isabel á un tablado de antemano erigido, sentóse en el trono, y tan luego como el heraldo proclamó: *Castilla, Castilla, por el rey don Fernando y la reina doña Isabel, reina propietaria de estos reinos!* se desplegó al aire el pendon de Castilla, y las campanas de los templos, y la artillería del alcázar mezclaban su estruendo con los gritos de la alborozada muchedumbre que victoreaba á la nueva reina de Castilla y de Leon. Recibido el juramento y homenaje de fidelidad de sus súbditos, y prestado por la reina el de respetar y guardar sus fueros y libertades, dirigióse á la catedral, donde hizo oracion, y se cantó un solemne *Te Deum* en accion de gracias al Todopoderoso. Las ciudades mas populosas y los principales grandes y nobles siguieron el ejemplo de Segovia y alzaron pendones por la reina Isabel, abrazando su causa hasta cuatro de los seis magnates á quienes habia quedado confiada la guarda de doña Juana la Beltraneja (1). Convocáronse córtes en la misma ciudad para que dieran su sancion solemne á la proclamacion.

Pronto comenzó á experimentar disgustos y dificultades la jóven reina. Vinole la primera de su mismo esposo el príncipe Fernando, que, ya por ambicion propia, ya por instigacion de aduladores palaciegos, gente que, como dijo un ilustre español, «se abominará siempre y habrá siempre (2),» á cuya cabeza se hallaba su pariente el almirante Enriquez, no se conformaba con que rigiese la monarquía castellana una mujer, y queriendo establecer aquí el sistema de exclusion de las hembras que regia en Aragon, pretendía para sí la herencia del trono castellano, como el varon mas inmediato descendiente de la stirpe real de Castilla. Opuesto principio regia y se habia observado siempre en este reino, y no podian consentir que se quebrantara los partidarios de Isabel. Mas queriendo complacer y favorecer en todo lo posible al príncipe consorte, salvando el derecho hereditario de la reina, y contando con la prudencia y con la buena disposicion de Isabel en favor de su esposo, hizose un arreglo á la manera del que habia servido para los contratos matrimoniales, cuyas principales bases eran: que la justicia se administraría por los dos, de mancomun cuando se hallasen juntos, é independientemente cuando estuviesen separados; que las cartas y provisiones reales irían firmadas por ambos; en las monedas se estamparian los bustos de los dos, y en los sellos se pondrian las armas de Castilla y de Aragon reunidas; los cargos municipales y los beneficios eclesiásticos se proveerian en nombre de los dos, pero á voluntad de la reina; los oficios de Hacienda y las libranzas del Tesoro se expedirian por la reina tambien, y á ella sola harian homenaje los alcaldes de las fortalezas en señal de soberanía (3).

Firmó Fernando el concierto; pero lejos de quedar satisfecho con esta distribucion de poderes, mostróse disgustado hasta el punto de amenazar con volverse á Aragon. Menester fué toda la prudencia de Isabel, aquella prudencia que esta insigne princesa no habia de desmentir nunca, para templar y tranquilizar á su ambicioso marido, exponiéndole que aquella division de poderes no era sino nominal, puesto que sus intereses eran comunes é indivisibles, y sus voluntades habian de marchar siempre unidas, y que la exclusion de las hembras que él pretendia seria un principio perjudicial á su propia descendencia, toda vez que entonces solo tenian una hija, la princesa Isabel, que un dia podria ser llamada á la herencia del trono de Castilla. Razones fueron estas, que expuestas con la dulzura natural á aquella gran señora, aquietaron el ánimo del orgulloso Fernando, mucho mas que la decision arbitral del arzobispo de Toledo y del cardenal Mendoza á que la cuestion se habia sometido. Y en verdad no podia

algo de calva, ojos claros con gravedad alegre, nariz y boca pequeñas, mejillas y labios colorados, bien sacado de cuello y formado de espalda, voz clara y sosegada, y muy brioso á pié y á caballo.» Historia de Segovia, cap. 34.

(1) Estos cuatro fueron: el gran cardenal de España, el condestable de Castilla, el duque del Infantado y el conde de Benavente.

(2) Clemencin, Elogio de la reina doña Isabel.

(3) Dormer inserta el documento en sus Discursos varios de Historia.—Zurita, Anales, tom. IV, p. 222.—Pulgar, Reyes Católicos, p. 35.—Lucio Morineo, Cosas memorables, f. 155 á 166.

quejarse de la parte de poder que se le conferia un príncipe que mas era tratado como rey que como marido de la reina.

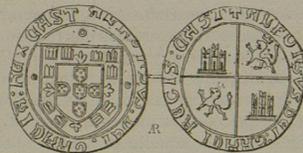
Otra tempestad se fraguaba por otro lado contra Isabel y contra la tranquilidad de Castilla. A la muerte de Enrique IV habia quedado en el reino una bandera de discordia para los descontentos ó los envidiosos. Esta bandera era la hija problemática del difunto rey, doña Juana la Beltraneja, reconocida en un tiempo heredera del trono, aunque excluida despues por su propio padre y por los mismos que la habian proclamado. Por particulares motivos se mostraron partidarios de doña Juana algunos magnates, pocos, pero de los mas poderosos de Castilla. Contábanse entre ellos el marqués de Villena, menos hábil para la intriga que su padre, pero mas intrépido, resentido de los reyes por haberle negado el gran maestrazgo de Santiago que pretendia heredar; el duque de Arévalo, poseedor de grandes bienes en Castilla y Extremadura; el jóven marqués de Cádiz; el gran maestre de Calatrava y su hermano. Agregóseles el inquieto y altivo arzobispo de Toledo don Alfonso Carrillo, que despues de haber sido el mas celoso partidario de Isabel, abandonó su causa por celos y envidia del cardenal de España, no pudiendo ver sin enojo el ascendiente y el favor que su talento, su sagacidad y sus virtudes iban ganando á don Pedro Gonzalez de Mendoza para con los jóvenes monarcas. El envidioso prelado se retiró de la corte, sin que bastasen á hacerle deponer su amenazante actitud cuantas gestiones amistosas hizo la reina para ello (4).

Este partido necesitaba de un apoyo fuerte, y le buscó en el rey don Alfonso V de Portugal, excitándole á que se hiciese el defensor de su sobrina la Beltraneja, y ofreciéndole la mano de doña Juana, lo cual si no envolvia promesa explicita, le daba por lo menos la esperanza de ceñir algun dia por este medio la doble corona de Portugal y de Castilla. A nadie tanto como al monarca portugués podia halagar la proposicion. De genio naturalmente caballeresco, envanecido con el sobrenombre de *el Africano*, que le habian valido sus triunfos contra los moros berberiscos, y uno de los pretendientes rechazados antes por la reina Isabel, Alfonso acogió con avidez una invitacion que le proporcionaba aparecer como reparador de un desaire recibido de la reina, como vengador de un rival preferido, como el campeón de una princesa desgraciada, y como conquistador de una corona que ganada para su sobrina habia de ver colocada en su cabeza. De modo que la empresa satisfacia simultáneamente su espíritu caballeresco, su orgullo lastimado, su codicia y su ambicion de gloria. Alentábase en ella su hijo el príncipe don Juan, jóven belicoso y emprendedor; y halagaba el espíritu nacional del pueblo portugués, rival del castellano desde el famoso suceso de Aljubarrota. Así, sin oír los consejos, ni apreciar las dificultades que algunos juiciosos portugueses, y entre ellos su mismo primo el duque de Braganza, le presentaban y exponian, se decidió por la guerra, contando con el apoyo que dentro de Castilla le darian los magnates que le habian convidado. Con estas disposiciones tuvo primeramente la arrogancia de hacer una intimacion á los reyes para que renunciaran la corona en favor de doña Juana; intimacion que fué tan noblemente rechazada como era de esperar. En vano Isabel dirigió diferentes embajadas exhortándole con palabras de moderacion á que desistiese de tan loca empresa. Nada escuchó el portugués sino la voz de su ambicion y de su resentimiento, y se preparó á invadir á Castilla.

Despues de haber invitado al rey de Francia á que entrase á su vez por el norte de España, prometiéndole la posesion del territorio que conquistase, traspuso al fin la frontera de Portugal por la parte de Extremadura un ejército portugués (mayo, 1475) de catorce mil infantes y cinco mil setecientos caballos, en que venia la flor de los caballeros portugueses, esperanzados de obtener triunfos semejanates al de Aljubarrota, mucho mas cuando contaban hallar desprevenidos y sin fuerzas á los monarcas castellanos. El ejército invasor avanzó á Plasencia, donde se le incorporaron el duque de Arévalo y el marqués de Villena. Este último presentó á Alfonso su sobrina doña Juana, con quien se apresuró á celebrar esponsa-

(4) Archivo de Simancas, Diversos de Castilla, núm. 9.

les (12 de mayo), despachando tambien mensajeros á Roma en solicitud de la correspondiente dispensa matrimonial del parentesco que entre ellos habia. Como la conquista se diera por hecha, allí se procedió inmediatamente á proclamarlos reyes de Castilla, y ellos comenzaron á despachar sus cartas reales á las ciudades de los que suponian sus dominios (1). Acabadas las fiestas de aquella especie de coronacion fantástica, vinieron á Arévalo, donde Alfonso determinó aguardar los refuerzos que debian enviarle los castellanos de su partido.



ALFONSO V DE PORTUGAL (TITULÁNDOSE REY DE CASTILLA)

Grandemente favorecieron á Fernando é Isabel las dos detenciones de Plasencia y Arévalo, porque les proporcionaron algun tiempo para suplir á fuerza de actividad la falta de dinero y de preparativos, que de todo carecian al tiempo de la invasion. El tesoro estaba exhausto, y en cuanto á fuerza, solo podian disponer de quinientos caballos para resistir al ejército portugués. Entonces comenzaron á mostrar los dos príncipes de cuánto eran capaces, y hasta dónde sabian llevar sus esfuerzos. Isabel se hallaba á la sazón en cinta, y á pesar de tan delicado estado corria á caballo á todas partes haciendo largas y penosas jornadas, visitando los puntos fortificados, viajando de dia y dictando órdenes de noche, soportando las mayores fatigas aun á costa de comprometer la vida del precioso fruto que llevaba en su seno, y que al fin se malogró en el camino de Toledo á Tordesillas. Quiso visitar al arzobispo de Toledo en su palacio de Alcalá de Henares, para ver de recobrar su confianza y traerle á partido; pero hubo de desistir, sabedora de que el inconsecuente prelado habia expresado con ásperas y desatentas palabras, que si la reina entraba por una puerta, él se saldría por la otra. Fernando por su parte tampoco estaba ocioso, y merced á los extraordinarios esfuerzos de ambos, mientras sus enemigos se entretenian en nupciales festines en Plasencia, y se daban un imprudente reposo en Arévalo, vióse como por encanto formado en Valladolid un ejército de cuatro mil hombres de armas, ocho mil jinetes y treinta mil peones (julio, 1475), gente allegadiza y sin disciplina los mas, pero que demostraba cuán pronto encuentra soldados quien acierta á ganar el amor de sus pueblos.

El rey de Portugal habia avanzado ya á Toro, seguro de que el alcaide Juan de Ulloa le habia de abrir las puertas de la ciudad; y cuando se ocupaba en rendir el castillo, sostenido por la fidelidad y el brio de una mujer, Zamora se sometió tambien al monarca invasor. Fernando siente, pero no decae de ánimo por la defeccion de estas dos importantes plazas, y con el ardor, y hasta con la precipitacion de un jóven, puesto al frente de las milicias de Avila y Segovia, socorrido con algun dinero que le ha facilitado el fiel Cabrera, gobernador del alcázar de esta última ciudad (2), se presenta delante de Toro, y dirige al monarca portugués un reto caballeresco, provocándole á batalla entre los dos ejércitos, ó bien á personal combate, que por dificultades que sobrevinieron no se pudo realizar. Ni el portugués se apresuraba por combatir, ni el ejército castellano, sin artillería, sin provisiones, sin medios de comunicacion, era á propósito para embestir una plaza fuerte, ni para sostener un cerco. Necesario fué alzarle y tocar á retirada. El disgusto y la murmuracion que esto produjo en el campo fué tal, que una compañía de vizcaínos, oyendo decir, y acaso pensando ellos tambien que habia traicion de

(1) La carta que envió doña Juana como reina de Castilla á la villa de Madrid puede verse en Zurita, Anales, lib. XIX, cap. 27.

(2) El marido de doña Beatriz de Bobadilla, la amiga y confidente de la reina Isabel.

parte de los nobles, penetró tumultuariamente en un templo donde Fernando conferenciaba con sus oficiales, y en brazos le arrancó de entre aquella gente. Logró el rey sosegar un tanto á los amotinados, y se emprendió la retirada, harto desordenada y desastrosa, pero que lo hubiera sido mas, si el portugués no hubiese sido excesivamente recatado y hubiese enviado la caballería en persecucion de los fugitivos. El castillo de Toro se rindió, y el arzobispo de Toledo, suponiendo resuelta la cuestion con este primer triunfo de sus aliados, se creyó ya en el caso de unirse abiertamente á los enemigos de su reina, y así lo ejecutó llevando consigo quinientas lanzas. El soberbio prelado, que nunca en verdad se habia distinguido por lo galante, soltó entonces un arrogante pronóstico que por fortuna no habia de ver cumplido: «Yo he sacado, dijo, á Isabel de hilar, y yo la enviaré á tomar otra vez la rueca.» Palabras que no se avenian bien con las que poco antes habia proferido y eran mas verdaderas: «Estoy mas para dar cuenta á Dios, recogido en un yermo, que para meterme en ruido y tráfigo de guerra (3).»

No se limitaba ya la guerra á este solo punto: hacíase tambien por Galicia, por Valencia, por el marquesado de Villena y por el maestrazgo de Calatrava: los de Extremadura y Andalucía hacian incursiones en Portugal incomodando á los portugueses en su propio territorio: el marqués de Villena, el duque de Arévalo y demás señores adictos á la causa de doña Juana no habian podido alzar en su favor ni la mitad de los pueblos, ni la tercera parte de las lanzas que habian prometido, cosa que tenia altamente disgustados á los portugueses: Burgos se habia declarado por Fernando é Isabel, y los de la ciudad combatian el castillo que Iñigo de Zúñiga tenia por doña Juana. Fernando, sin desmayar por el revés de Toro, apresuróse á reorganizar su ejército, y pasó á cercar personalmente el castillo de Burgos, cuya rendicion era tanto mas importante, cuanto que se decia que el rey Luis XI de Francia, instigado por el de Portugal, vendria á darle favor por la parte de Guipúzcoa. Entonces el portugués, á instancias del arzobispo de Toledo y de la duquesa de Arévalo, dejando á doña Juana en Zamora, se movió en socorro de aquel castillo, apurado por don Fernando que le atacaba bravamente, y le tenia en grande estrecho. A cortar el paso é impedir este socorro se dirigieron los esfuerzos de la reina Isabel, que con varonil resolucion movió la gente de Valladolid y se puso sobre Palencia con su campo volante, manejándose con tanta serenidad y tan buena maña que obligó á retroceder al de Portugal, no sin que este de paso hiciera prisionero en Baltanás al conde de Benavente. Digno es de todo encomio el rasgo de nobleza y lealtad que tuvo la condesa de Benavente en este caso. Con ser hermana del marqués de Villena, el invocador y mas fogoso partidario del rey de Portugal, cuando supo la captura de su esposo, se exaltó tanto su patriotismo, que inmediatamente escribió al rey Fernando poniendo á su disposicion y obediencia todas las villas y fortalezas de sus Estados, que eran grandes, mandando á sus alcaldes que le hiciesen homenaje, y diciendo al rey, que si esto no le satisfacía enviase personas que las recibiesen y tuviesen en su nombre. Grandes pruebas de valor, de lealtad y de civismo dieron el conde y la condesa de Benavente en aquella adversidad.

La reina Isabel no solamente sostenia por su parte la campaña con la inteligencia y la energía de un guerrero, ganando villas y castillos al marqués de Villena y teniendo en respeto al rey de Portugal, sino que cuidaba con solicitud de buscar recursos para la continuacion de la guerra, que era la mayor necesidad. Al efecto convocó las córtes del reino en Medina del Campo (agosto). Atendido el estado de empobrecimiento en que habia dejado los pueblos el anterior reinado, para no imponerles nuevos sacrificios discurrió apelar al sentimiento religioso y á la generosidad del clero, proponiendo que se entregase al Tesoro la mitad de la plata de todas las iglesias del reino, á redimir en tres años por la cantidad de treinta cuentos de maravedís. Tanto era el amor de los eclesiásticos en

(3) Bernaldez, Reyes Católicos, cap. 18.—Pulgar, Crón. páginas 55 á 60.—Zurita, Anales, lib. XIX, cap. 13.—Faria y Sousa, Europa portuguesa, tom. II.—Ruy de Pina, Crón. de Alfonso V, p. 179.

general, y tal la confianza que tenían en la reina, que no solo accedieron gustosos á hacer aquel empréstito sagrado, sino que ellos mismos procuraban disipar los escrúpulos de la reina con textos y autoridades sacadas de los libros santos. Bien conocidas debían ser ya las virtudes de Isabel, cuando tan al principio de su reinado el pueblo le daba tan gustosamente sus hijos, y el santuario le franqueaba tan sin repugnancia sus tesoros. Sirviéronle estos para reclutar gente, fortificar plazas, adquirir pertrechos y útiles de guerra, y dar al ejército una organización de que carecía.

Unia Isabel á la actividad y la energía, la sagacidad y la astucia. Con esto logró entrar en tratos y entenderse con el alcaide de las torres y puertas del puente de Zamora, Francisco Valdés, hasta obtener la promesa de que le daría entrada en esta ciudad, la mas importante de las que poseía el rey de Portugal, tanto por sus fortificaciones cuanto por ser la mas inmediata á sus Estados, y como la llave de los dos reinos. Avisado de ello don Fernando, que continuaba estrechando el castillo de Burgos, fingióse por unos dias enfermo con peligrosos accidentes, no dando entrada en su cámara sino á su médico, y saliendo sigilosamente una noche con el condestable de Castilla y algunos otros caballeros de su confianza, fuéronse sin que nadie se apercibiese á Valladolid, de donde partió despues de un descanso de cinco dias (4 de diciembre) con varios nobles y caudillos, entre ellos el conde de Benavente que habia recobrado ya su libertad. La aparicion inopinada de Fernando, la disposición que los habitantes de Zamora mostraban en su favor, y la conducta del alcaide del puente, desalentaron de tal manera á don Alfonso de Portugal, que le faltó tiempo para retirarse á Toro con su sobrina y desposada la Beltraneja y con el arzobispo de Toledo. Dueño don Fernando de Zamora, se preparó á combatir el castillo, que se mantenía por el portugués, y desde allí escribió á su padre el rey don Juan de Aragon (1), excitándole á que acudiese inmediatamente á Burgos para reemplazarle en el ataque y rendición de aquella fortaleza, no obstante haber dejado allí cuatro mil vizcaínos, «gente para acometer cualquier hecho,» como dice un historiador aragonés.

Con la pérdida de Zamora quedaban los portugueses interceptados con su propio país. Por tanto don Alfonso acogía con gusto algunas pláticas de concordia que se movieron, y conformábase ya con que le dejasen las plazas de Toro y Zamora, y con que se agregase la Galicia á Portugal y le diesen cierta suma de dinero. Pero era excusado pensar que la reina Isabel consintiese en desmembrar de los dominios de Castilla un solo palmo de territorio. Así, pues, el único recurso de don Alfonso fué escribir á su hijo el príncipe don Juan, instándole y apremiándole á que viniese sin tardanza en su ayuda con cuanta gente pudiera levantar en el reino. El príncipe portugués, obedeciendo el mandamiento de su padre, pudo con trabajo reunir hasta ocho mil infantes y dos mil caballos, gente mal armada y poco aguerrida, con los cuales vino rodeando á incorporarse con su padre en Toro (febrero, 1476), en ocasion que el castillo de Burgos, combatido por don Alfonso de Aragon, hermano del rey don Fernando, despues de una obstinada defensa acababa de rendirse, posesionándose de él la reina Isabel, y en ocasion que habia faltado poco para que la misma plaza de Toro se entregase al rey Fernando, que una noche habia estado con esa esperanza al pié de los muros de la ciudad.

El monarca portugués, que con objeto de entretener á Fernando, esperando el socorro de los franceses por el norte, habia mañosamente entablado tratos de mediación y de concordia con el rey don Juan II de Aragon, padre del de Castilla, luego que se vió con el refuerzo de su hijo, tan fácil para envalentonarse como para abatirse, engrióse tanto, que envió un arrogante manifiesto al papa, al rey de Francia y á todos sus parciales de Castilla y Portugal, jactándose de que iba á dar muy pronto cuenta de su adversario, y salió en efecto de Toro una noche con el príncipe su hijo á socorrer la fortaleza

(1) Téngase presente que aun vivía don Juan II de Aragon, padre de don Fernando, y que este no era todavía sino príncipe heredero de Aragon.

de Zamora y recobrar la ciudad (17 de febrero). Casi tan pronto como amaneció divisaron los de Zamora las banderas del ejército portugués á la orilla opuesta del Duero: y en tanto que los castellanos desde la ciudad combatían la fortaleza con las lombardas, los portugueses desde fuera hacían jugar la artillería contra la torre del puente con intento de abrirse entrada en la poblacion. Mientras se sostenía este doble combate, llegaron á la comarca, procedentes de Burgos, don Alfonso de Aragon y el infante don Enrique con su caballería, y uniéndoseles el conde de Benavente y otros partidarios de Isabel, molestaban el campamento de los portugueses, les cortaban los viveres y los reducían á la mayor escasez de mantenimientos. Encontrábanse entre dos fuegos ambos reyes, y ambos eran á la vez sitiados y sitiadores: el de Castilla sufría en la ciudad los disparos del fuerte y los del campamento portugués; el de Portugal sufría en su campamento los tiros de la plaza y el bloqueo de los que tenía á la espalda. Parecióle al portugués insostenible aquella posición, y una noche la abandonó tan repentina y silenciosamente como la habia tomado (1.º de marzo), y emprendió la vía de Toro, mas no sin dejar cortada la punta del puente para impedir ó entorpecer la salida del enemigo (2).

Ardía Fernando en deseos de dar una batalla, contra el dictámen de su padre el anciano rey de Aragon, que muchas veces le habia aconsejado que no aventurara á ella su suerte, sino que dejara al enemigo debilitarse y consumirse en país extraño. Así, sin mas detenimiento que tres horas que necesitó para reparar la cortadura del puente, dejando en Zamora algunas compañías que entretuvieran el cerco y ataque del castillo, salió en pos del ejército portugués, que llevaba ya algunas leguas de delantera, y marchaba con gran precaución y buen orden. Alcanzóle no obstante, ¡tanto le aguijaba el deseo de pelear! á la caída de la tarde y á las tres leguas de Toro, al tiempo que salía de una angostura formada entre el río y unos collados. Entonces el portugués tomó posiciones ventajosas en una ancha y despejada llanura, tendiendo allí su caballería en orden de batalla. El número de los portugueses era mayor que el de los castellanos, habian escogido posiciones, tenían expedita la retirada á Toro, y podían fácilmente recibir algun refuerzo de esta ciudad. Menos en número los de Castilla, habian hecho una marcha arrebatada y se hallaban fatigados, una parte de la infantería pesada se habia quedado atrás, faltábales la artillería, y el sol se iba á poner muy pronto. A pesar de tan desventajosas circunstancias, era tal el ardor de jefes y soldados, que consultados aquellos por el rey opinaron todos por el combate, en lo cual no hacían sino complacer al monarca. Comenzó, pues, la pelea, siendo el primero á acometer el príncipe don Juan de Portugal, haciéndolo con tal ímpetu y siendo tal el estruendo y el humo de las espingardas, que hicieron volver grupas á cuatrocientos jinetes castellanos hasta el desfiladero que habia quedado á la espalda, costando trabajo á Alvaro de Mendoza y á los otros capitanes rehacerlos y conducirlos de nuevo á la pelea. Por fortuna suya habia entre tanto el cardenal de España arremetido valerosamente al príncipe portugués, gritando: *Traidores, aquí está el cardenal*. Oía estas voces el arzobispo de Toledo que peleaba en el campo enemigo. De modo que los dos mas altos dignatarios de la Iglesia española se encontraban combatiendo en opuestas banderas, como si fuesen dos capitanes, y su profesion la de las armas. Tales eran las costumbres de aquel tiempo.

También el rey don Fernando embistió con furia allí donde ostentaba su estandarte don Alfonso de Portugal. Mezcláronse entonces todas las lanzas, y aun todos los cuerpos, y peleaban con el encarnizamiento de dos pueblos enconados por una antigua rivalidad. El pendon de las quinas portuguesas fué arrancado por los esfuerzos del intrépido Pedro Vaca de

(2) Cuentan algunos que los dos reyes habian acordado verse y conferenciar en las aguas del Duero, cada uno desde su barca, al modo que en otro tiempo lo habian hecho Enrique III de Castilla y Fernando de Portugal en las aguas del Tajo; que la barca del de Castilla se presentó, mas los que remaban la del portugués no pudieron aproximar á ella la suya, por cuya circunstancia no se verificó la plática. Nada se perdió, si así fué, porque de ningun modo se hubieran convenido.

Sotomayor; valeroso hasta el extremo era el alférez Duarte de Almeida que le llevaba: despues de haber perdido el brazo derecho, sostuvo con el izquierdo, y cuando perdió ambas manos le apretó fuertemente con los dientes hasta que perdió la vida, cuyo hecho nos recuerda otro solo ejemplar que hemos consignado en nuestra historia (1). Por todas partes iban los portugueses cediendo el campo, y el duque de Alva acabó de desordenarlos y ponerlos en derrota. A muchos alcanzaron todavía las espadas castellanas que los acosaban en la fuga, y otros se ahogaron al querer vadear el Duero. Era ya noche oscura, y algunos se salvaron dando la voz de *Castilla* y pasando por en medio de los enemigos; una tormenta de agua que sobrevino aumentó la lóbreguez y las tinieblas. El príncipe de Portugal se detuvo por consejo del arzobispo de Toledo en el puente de Toro con el resto de sus destrozados escuadrones. Del rey don Alfonso se creyó al principio que habia muerto en el campo, porque no se sabia de él; mas al día siguiente se averiguó que se habia retirado de la batalla con unos pocos caballos, y guareciéndose á pasar la noche en el castillo de Castronuño. Regresó el victorioso don Fernando á Zamora, despues de haber enviado aviso de su triunfo á su esposa doña Isabel que se hallaba en Tordesillas (2). La reina, queriendo dar gracias á Dios por esta victoria de un modo ejemplar y solemne, dispuso hacer una procesion religiosa á la iglesia de San Pablo, á la cual fué en persona caminando humildemente á pié y descalza: y ambos esposos, en cumplimiento de un voto que habian hecho, para perpetuar la memoria de aquel felicísimo suceso, mandaron fundar y erigir en Toledo el magnifico y suntuoso monasterio conocido con el título de *San Juan de los Reyes*, obra grandiosa, que aun hoy mismo se admira á pesar de los deterioros que ha sufrido.

Y sin embargo, todavía los portugueses tuvieron la arrogancia de escribir á Lisboa que su príncipe habia quedado vencedor y dueño del campo, como si el engaño de otros pudiera ser bastante consuelo para los que sabian y habian presenciado el infortunio (3). Ciertamente, si cuando don Fernando el año anterior huyó desordenadamente de los campos de Toro con sus indisciplinados castellanos, hubiera don Alfonso de Portugal salido de aquella ciudad en persecucion de los desbandados y fugitivos, como ahora salió don Fernando de Zamora con menos elementos y contra fuerzas mas respetables y ordenadas, entonces seguramente habria el portugués ganado mayor y mas solemne triunfo sobre el castellano que el que este obtuvo ahora sobre él, y quizá se hubiera decidido muy desde el principio en favor suyo la contienda. Pero la apatía que en aquella y en otras ocasiones mostró aquel monarca, no revelaba en verdad que aquel Alfonso de Portugal que habia venido á Castilla fuese el mismo Alfonso *el Africano*, vencedor de los sarracenos.

Uno de los efectos mas inmediatos de la catástrofe de los portugueses en las márgenes del Duero, además del influjo moral que ejerció en los partidos, fué la rendición del castillo de Zamora, con tanto empeño defendido por Alfonso de Valencia. El príncipe don Juan de Portugal se encaminó como despedido hacia su reino, con cuatrocientos jinetes, llevando consigo á su prima doña Juana (la Beltraneja), la desposada de su padre; síntomas ya del mal humor del príncipe y del desánimo y desconfianza del rey. A pequeñas empresas se limitaba ya este, tal como al socorro de Cantalapedra que don Fernando sitiaba, y cuyo cerco se convino en alzar por seis meses por tratos que para ello le movió el portugués, lo cual le vino grandemente á Fernando, que así quedaba desembarazado para atender á otro punto del reino bien distante y apartado de allí.

(1) Así consta de la relacion que del suceso de esta batalla envió el mismo rey de Castilla. Pulgar, sin embargo, dice que el Almeida fué hecho prisionero y conducido á Zamora. Mariana afirma que la armadura de este brioso caballero portugués se veia todavía en su tiempo en la catedral de Toledo como trofeo de aquella insigne hazaña.

(2) Pulgar, Reyes Católicos, págs. 85 á 90.—Galindez de Carvajal, Anales, año 76.—Bernaldez, Reyes Católicos, cap. 23.—Zurita, Anal., libro XIX, cap. 44.

(3) Y hay todavía historiador de aquel reino que pretende los honores del triunfo para su príncipe don Juan.

Es el caso que mientras tales sucesos pasaban en lo interior de Castilla, el rey Luis XI de Francia, ya movido por el de Portugal para que distrajera las fuerzas de Castilla, ya también porque así le convenia para sus particulares fines, habia en efecto roto la frontera española por la parte de Guipúzcoa y acometido la importante plaza de Fuenterrabía. Y aunque ya por dos veces habian sido los franceses heroicamente rechazados y aun escarmentados por los valerosos guipuzcoanos y los intrépidos vizcaínos, comandados por Estéban Gago y el conde de Salinas, importábase á Fernando no descuidar aquella frontera, porque el monarca francés era poderoso y sobradamente astuto, y además tenia concertado verse con su padre el rey de Aragon para tratar de los asuntos de Francia y de Navarra. Con este propósito pasó Fernando á Vitoria, corrió las principales poblaciones de Guipúzcoa y Vizcaya, con la nueva de su aproximacion se retiraron por tercera vez á Bayona los franceses, concertó con su padre dónde y cuándo podrian verse, y se ocupó con su natural actividad en todo lo concerniente, así á la seguridad exterior de aquellas provincias, como á su orden y tranquilidad interior, que bien lo habian menester, y fuéle necesario establecer allí una hermandad como la que habia ya en Castilla para el castigo y represion de los desórdenes y de los delitos.

Bien sabia el rey don Fernando que por entonces podia sin peligro ausentarse de Castilla, quedando aquí la reina Isabel, y dejando la guerra con los portugueses moralmente vencida despues de la victoria de Toro y de la entrega del castillo de Zamora. Fueron en efecto de tal influencia aquellos triunfos, que los indiferentes ó dudosos se resolvieron á adherirse abiertamente á la causa de sus legítimos monarcas, y los magnates que defendían con las armas el partido portugués, ó lo hacían ya tibiamente, ó andaban buscando los mas honestos medios de venir á sumision. Uno de los primeros que así obraron fué el duque de Arévalo, conde de Plasencia, el mas apasionado que habia sido del rey de Portugal. Este y la duquesa su mujer, no solo hicieron homenaje de fidelidad á la reina Isabel, sino que ofrecieron alzar pendones en Plasencia y en todas sus villas y lugares, y guerrear contra el portugués, contra doña Juana, contra los franceses y contra todos los que fuesen rebeldes á Isabel y á Fernando. En recompensa les confirmó la reina en la posesion de todos sus Estados y oficios, ó les dió otros en enmienda de los que entonces no podían obtener. El arzobispo de Toledo, el marqués de Villena, el maestre de Calatrava, el conde de Ureña y demás jefes de la insurreccion, veían disminuir cada dia su poder; sus villas y castillos iban cayendo en manos del esforzado maestre de Santiago don Rodrigo Manrique, de Jorge Manrique, su hijo, del duque del Infantado, del conde de Benavente y de otros leales caudillos; Madrid, Huete, Atienza, Baeza y otras fortalezas y poblaciones eran reducidas á la obediencia de sus legítimos soberanos; y por último, ellos mismos se vieron precisados á implorar el perdón de sus pasados yerros y á solicitar con humillacion ser admitidos á la gracia de sus reyes, prometiendo servirles de allí adelante en público y en secreto, con toda lealtad y fidelidad, contra el de Portugal y su sobrina, contra el rey de Francia y sus aliados, contra todas las personas del mundo, y jurar á la princesa Isabel por legítima heredera de estos reinos en defecto de varon, como los demás grandes la habian jurado en la villa de Madrigal. La reina Isabel recibió esta sumision con dignidad y sin mostrar enojo por lo pasado, y dispuso lo conveniente para que muchas de las villas que aquellos poseían fuesen restituidas al dominio de la corona (4).

Cuando Alfonso de Portugal vió irse de aquella manera desmoronando el edificio del favor de los próceres castellanos sobre que habia fundado sus locas esperanzas, tomó la resolucion de abandonar un país en que tan mal recibimiento habia tenido, y dejando al conde de Marialva por capitán de la gente de guerra que quedaba en Castilla, salió de Toro en direc-

(4) Pulgar, Reyes Católicos, caps. 48 á 60.—Galindez de Carvajal, Anales ad ann.—Bernaldez, Reyes Católicos, c. 10.—Oviedo, Quincuagena, Bat. 1, quin. 1, dial. 8.—Rades y Andrada, Orden. Milit. tom. II.—Zurita, Anal. l. XIX, caps. 45 á 55.